

Alaíde, cinco años



El 19 de diciembre de 1980, hace cinco años, Alaíde Foppa fue secuestrada en el centro de la ciudad de Guatemala por el servicio de inteligencia militar G-2.

El “secuestro-desaparición” de nuestra compañera, cofundadora de **fem.**, generó una campaña internacional. Varios países pidieron por su vida. Sociedades de escritores, grupos de artistas, organizaciones políticas y religiosas se unieron en una campaña que pedía su liberación y la de su chofer, Leocadio Actún Shiroy.

Como era de esperarse, el gobierno guatemalteco nunca se responsabilizó de los secuestros e, inclusive, dio a entender al principio que Alaíde había sido secuestrada por la guerrilla, puesto que pertenecía, por parte de su madre, a una familia oligárquica y su cuñado era, en esos momentos, ministro de Economía.

Esta vergonzosa versión fue desmentida, involuntariamente claro está, por el propio gobierno al acusar a Alaíde como “una agente subversivo de la guerrilla” pocos meses después y declarar que había sido encontrada muerta después de un enfrentamiento en mayo de 1981. Esta mentira significó la aceptación a posteriori de los verdaderos asesinos de Alaíde.

Abundar sobre la dolorosa situación en que se encuentra ese hermano país es repetir que la represión ahí es tan grave que Amnistía Internacional por primera vez responsabilizó directamente a un gobierno por los asesinatos que se cometían en su territorio. El informe de A.I.: “Guatemala, programa gubernamental de asesinatos políticos” es un compendio de monstruosidades, entre otras la muerte de Alaíde Foppa.

¿Por qué asesinó el gobierno guatemalteco a esta destacada intelectual, cuñada de un ministro, de familia oligárquica y, por si fuera poco, residente en México?

Alaíde llegó a México en 1954 junto con Alfonso Solórzano, después del derrocamiento de Arbenz. Su marido, miembro destacado del Partido Guatemalteco del Trabajo, pidió asilo a nuestro país. Madre de cinco hijos (dos mujeres y tres hombres), Alaíde siempre los estimuló a la reflexión política y favoreció un ambiente familiar vinculado a los exilados guatemaltecos y a la lucha democrática.

Tres de sus hijos ingresaron a la lucha guerrillera guatemalteca desde muy jóvenes. El menor de los cinco, Juan Pablo, murió en combate a los 28 años en junio de 1980. Su muerte conmocionó profundamente a sus padres. A las pocas semanas Alfonso Solórzano, en un estado emocional de shock, murió atropellado en la avenida Insurgentes.

Esta segunda muerte decidió a Alaíde a cambiar totalmente su forma de vida. Vendió su gran casa en Hortensias, sede de **fem.**, en sus inicios, y se mudó a un departamento en Coyoacán. En él inició una nueva vida en la que se comprometía a conseguir ayuda y solidaridad internacional para la gente más desamparada de Guatemala. En su medida continuaba la lucha de Juan Pablo.

Unos meses después —como todos los años— salió a Guatemala a visitar a su madre, Julia Falla, octagenaria. Nunca habríamos de volver a verla. Por declaraciones de su hija Silvia y del Frente Democrático contra la Represión hoy sabemos que fue torturada durante tres días y que murió a manos del grupo militar G-2.

¿Buscaban información sobre sus hijos guerrilleros? Llevaban más de diez años en la lucha clandestina y los militares podrían haberla secuestrado en uno de sus anteriores viajes.

Suponemos que se trataba de impedir que esta nueva Alaíde, sin ataduras y comprometida, encauzara su inteligencia, sus energías, sus relaciones en Europa y en los Estados Unidos, a la lucha del Ejército Guerrillero del Pueblo.

Hoy, cinco años después, y con la muerte de Mario, su segundo hijo, sumada a la de Juan Pablo, la presencia de Alaíde nos fuerza a revisar qué hemos hecho nosotras por esa Guatemala suya, tan querida.

Que el recuerdo de Alaíde sea una constante motivación que nos impulse a la solidaridad con Guatemala, país asolado por las dictaduras. Cientos de miles de desaparecidos, cárceles clandestinas y torturadores despiadados la han embestido, pero su capacidad de resistencia y la esperanza de una vida diferente son las mismas que Alaíde poseía.

